

EL PODER DE LA ILUSIÓN

PEQUEÑO POEMA EN FORMA DE MONÓLOGO

(Panteón de familia en el centro de un cementerio)

I

RAIMUNDO (saliendo del panteón)

La vista de la muerta ha suspendido
mis terribles batallas interiores.
Al salir y al entrar sólo he sentido
que, impregnado en el aire removido,
el polvo me cegó de mis mayores.

(Tocando el mármol del panteón)

Ya me siento tranquilo
al tocar con mis manos
el panteón, que es el postrer asilo
de mis padres, mi esposa y mis hermanos.
No sólo por España,
por todas las regiones europeas
su imagen fiel me persiguió con saña:
hoy torno á ver su tumba, y ¡cosa extraña!
há vuelto la salud á mis ideas.
Cuanto más de ella huí, con más empeño
me persiguió; y ahora que la toco
ya dejó de estar loco,
ya puedo ver la realidad sin sueño.
Y es que sólo en la ausencia
me persigue su sombra inexorable...
¡Nunca pude pensar que en la existencia
lo que hay que temer más es lo impalpable!

II

(Con aire pensativo)

¡Cuánto abruma el pasado mi presente!
Yo maté de un pesar á aquella santa
cuando, al llamarla *infel* injustamente,
la ahogó un ¡ay! más allá de la garganta.
¡Pobre Enriqueta mía!
Mirándome aquel día
con sus ojos que ahondó la desventura,
—¡Soy honrada y te adoro!—me decía...
¡Con qué gusto daría

EL PODER DE LA ILUSION



¡Cuánto abruma el pasado mi presente!
Yo maté de un pesar á aquella santa
cuando, al llamarla *infel* injustamente,
la ahogó un ¡ay! más allá de la garganta.

¡Pobre Enriqueta mía!
Mirándome aquel día
con sus ojos que ahondó la desventura,
—¡Soy honrada y te adoro!—me decía...

mi vida y mi razón por la locura!
 Mas, ¿cómo era posible que su encanto
 mis celos no excitase y mis deseos,
 si en teatros, en calles y en paseos
 los hombres todos la miraban tanto?...
 ¡Qué injusticia la mía!
 Al verla por los hombres admirada
 yo, sin poderlo remediar, sentía
 los celos de una carne sublevada.
 Condenando al desprecio
 mi celosa ternura
 por haber calumniado como un necio
 su virtud, que era un pan sin levadura,
 maldigo mi demencia
 que llegó hasta dudar de su inocencia
 porque los hombres la miraban tanto...
 ¡Oh, qué amargo es el llanto
 que cae gota á gota en la conciencia!...

III

(Con resolución)

En fin, todo pasó; vuelvo á la vida.
 Las sombras bajan ya de las montañas.
 Dejaré en paz á la mujer querida
 que desde el fondo amé de mis entrañas;
 y después, despertando
 la sed de la ambición y de la gloria,
 tal vez me iré aliviando
 cuando vaya borrando
 el óxido del tiempo su memoria.

IV

(Comienza á alejarse)

Pero... ¡Jesús!... ¿Qué es esto? Ya en mi mente
 clava su rostro hermoso...
 Es inútil luchar inútilmente.
 Doy un paso, y, turbando mi reposo,
 vuelve á pasar su imagen por mi frente,
 convirtiendo lo real en nebuloso;
 y apenas huyo de ella cuando empieza
 á pesar sobre mí mi mal destino
 y á formar el dolor en mi cabeza
 del cielo y de la tierra un remolino.
 ¿Cómo ha de hallar mi corazón la calma
 si dejo el cuerpo y me persigue su alma?
 ¡Qué horrible desvarío!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO RIVERA"
 C. No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Llena de ira y de espanto mi conciencia,
siento un calor que se parece al frío,
y, en confusa apariencia,
dando vueltas el mundo en torno mío,
parece que voy viendo la existencia
como el que anda volcado en el vacío...

V

(Volviendo a alejarse)

Intentaré de nuevo... Nada... nada...
¡Vengativa, tenaz, celosa é inquieta,
de mi cuello colgada
su sombra es más pesada que un planeta!
Y, aunque tarde, comprendo
que jamás podré huir de ese martirio,
pues conforme me alejo, voy subiendo
la escala del furor hasta el delirio;
y es mi desdicha tanta
que en vano intento adelantar mi planta,
pues, sonámbulo eterno de lo mismo,
veo en torno flotar algo que espanta;
y dos manos que se alzan del abismo
me aprietan cual dos garfios la garganta.

VI

(Momentos de indecisión)

Todo esto es un horror; pero adelante...
(Se oye el toque de oración de la campana del cementerio)
¡La oración! A su anuncio, vacilante
siento el dolor con el que todo acaba,
y me inspira tal fe, que en este instante
si me acordase de rezar, rezaba.
Perdona ¡oh Dios! si al rezo indiferente
viví en la paz lo mismo que en la guerra
desde el día fatal en que, inclemente,
un puñado de tierra
me apartó de mi madre eternamente.

VII

(Con desaliento)

No quiero luchar más á ser vencido.
¿Qué importa la existencia al que está cierto
de que todo hombre muerto
es tan feliz como el que no ha nacido?

Está echada la suerte.
Voy á dar fin á la existencia mía.
Pase el polvo animado á polvo inerte.
Ya César lo decía,
vale menos la vida que la muerte.
¿Para qué he de sufrir tantos horrores
si el vivir es luchar con lo imposible
y el mundo un sustentáculo insensible
de todas nuestras penas y dolores?
Su sepulcro será mi último asilo.
Viví sin paz, mas moriré tranquilo.
Después de entrar en él, desesperado
cerraré el panteón, y de este modo,
por el hambre y la asfixia asesinado
en polvo caeré, que es fin de todo.
¡Voy, voy, ser adorado!
¡Desclava tu memoria de mi frente,
que en tu mismo sarcófago, á tu lado
me acostaré á dormir eternamente!
¡Sueños míos, adiós! ¡Muero impasible
al toque funeral de esa campana,
pues me causa un tormento irresistible
la fuerza atroz de la ilusión humana,
el mágico poder de lo invisible!...
(Entra en el panteón, cierra la puerta y cae el telón)

EL AMOR DE LAS MADRES

PRIMERA PARTE

LA MADRE Y LA HIJA

I

Luis Alfonso es mi amigo más constante;
mas debo declararos francamente
que hallo poco galante
que me obligue á que os cuente
un hecho atroz, que espantaría á Dante,
hoy que, ya arrepentido, busco el modo
de que jamás vuelva á mentar mi labio
*¡el mal de todos, como dice el sabio,
y la infinita vanidad de todo!*

II

¡Qué enero tan fatídico, Dios mío!
¡Hasta el agua del río
va aprisionando el hielo!
¡Cubre el país la nieve, y luego el frío
hace un cristal en que se mira el cielo!
¡Era blanca la bruma
y estaba todo blanco en aquel día,
pues sólo se veía
nieve en la tierra y en el mar espuma!

III

Según cuenta una historia verdadera,
de Ana la panadera
era tal la elegancia,
que á Pocillo llevó desde Pozuelo
la moda de ponerse, como en Francia,
en forma de coníferas el pelo.

Sólo estuvo una vez enamorada,
pues, viendo á un emigrado de pasada,
la panadera se quedó tan triste,
que lleva desde entonces su mirada
fija siempre es un astro que no existe.



EL AMOR DE LAS MADRES

¡El rostro de la pobre aun sonreía,
porque expiró cumpliendo en su agonía
el más puro y mayor de los deberes!
¡Van con gusto al martirio las mujeres
cuando el instinto maternal las guía!

En un carro de varas, que tenía
por toldo una porción de claro cielo,
comerciendo con pan iba y venía
de Pocillo á Pozuelo,
guardada por un perro que mordía.

Y sucedió que un día
en que, cual Juno, altiva y agraciada,
en su carro sentada,
volvía de la villa
de llevar una hornada
de pan candeal de tierra de Castilla,
de su camino hacia el siniestro lado
á la vislumbre incierta
de un sol que parecía amortajado,
vió una muerta con traje destrozado,
y á una niña mamando de la muerta.
Mas ¿cómo aconteció? De esta manera:
poco antes de llegar la panadera,
la madre, hambrienta, alimentar quería
á la niña que de hambre se moría,
y por sacar la leche de su pecho
con sublime despecho
con las uñas la piel se deshacía,
y como ya salía
la leche con la púrpura mezclada,
de una inútil succión escarmentada
la niña, casi yerta,
se quedó tan hambrienta y fatigada,
que se durmió sobre su madre muerta.

IV

¡El rostro de la pobre aun sonreía,
porque expiró cumpliendo en su agonía
el más puro y mayor de los deberes!
¡Van con gusto al martirio las mujeres
cuando el instinto maternal las guía!

Mientras Ana piadosa se adelanta
á dar alivio á desventura tanta,
parecían los vientos desatados
un polvo de cristales triturados
que destrozaba el rostro y la garganta.

Y sintiendo un horror de cuerpo entero,
asustada primero
de miedo ante el cadáver se retira,
pues da un frío mayor que el mes de enero
un muerto que parece que nos mira.

Mas al fin, dominando sus terrores
la fuerza del espanto,

fué cubriendo su rostro bajo el llanto,
 un color que no existe en los colores;
 y recogiendo aprisa
 la niña abandonada,
 que, al sentirse abrigada,
 no le cabe en la cara la sonrisa,
 en el carro, de nieve coronado,
 dejó tras sí, con paso acelerado,
 más bien que aquel desierto, aquel vacío...
 ¡Sitio de horror que se quedó más frío
 que un campo de batalla abandonado!

V

¡Voló de esta tragedia la noticia;
 mas como siempre a nuestro mal se junta
 del hado, si es adverso, la malicia,
 mientras llegó, corriendo, la justicia,
 los perros se comieron la difunta!

SEGUNDA PARTE

LA HIJA Y LA MUÑECA

I

Con tu venia, lector, sigo contando
 esa terrible historia,
 que siempre está ondulando
 como el vaivén de un sueño en mi memoria.

II

Pasaron tres eneros, y es ahora
 la hija de la antigua pordiosera
 una niña hechicera,
 que aun se queda dormida mientras llora.
 Siendo Ana de esas almas escogidas
 que sin penas ni grandes desengaños,
 como muchas mujeres de treinta años
 aun tiene unas muñecas escondidas,
 para hacer á la niña más dichosa
 le compró en un bazar, la panadera,
 otra muñeca de cartón preciosa,
 que tenía una crin por cabellera.

III

Al volver á Pocillo de Pozuelo,
 el viento con las nubes barre el suelo
 y en su furror los árboles derriba,
 y, quedando apagado el sol arriba,
 cae en el mar la claridad del cielo.

A la luz de la tarde que declina,
 cubriéndolos de un tinte funerario,
 como un polvo de nieve, la neblina
 los montes envolvió como un sudario.

El granizo primero
 cual siempre destructor, pasó un rasero
 sobre templos, palacios y cabañas,
 y la nieve, después, aquel enero
 los valles igualó con las montañas.

IV

Mientras Ana dormía,
 la niña, que parece que sentía
 no tener de mujer trajes y nombre,
 pues, según un doctor que lo sabía,
 cuatro años en mujer, son doce en hombre,
 juzgó que la muñeca
 como ella misma con razón querría
 que Dios le diese el pan de cada día
 untado con un poco de manteca,
 y le da de comer torta de huevos,
 manjar que la muñeca no comía;
 y haciendo para hablar vocablos nuevos,
 por no saber los viejos todavía,
 hallándose encantada
 la llama encantadora,
 y aspira á los honores de criada,
 nombrando á la muñeca su señora.
 Al cumplir como madre estos deberes
 no cabía de gozo en el pellejo.
 ¡Variará el corazón de las mujeres
 cuando caiga de lo alto el sol de viejo!

V

Y como he dicho, al empezar, que hacía
 un frío tan intenso que dolía,
 pensó la niña candorosamente
 que también la muñeca sentiría
 el frío que hace dar diente con diente,

y sin temor al hielo
la muñeca arropó con tierno celo
con sus propios abrigos y sus galas,
mientras que á ella la cubre desde el cielo
el Ángel de la Guarda con sus alas.

La razón natural es imperiosa,
y, ya desnuda, se cayó de sueño,
como si fuese un pájaro pequeño
que se echase en el fondo de una rosa;
y como al fin sólo quedó cubierta
con los rayos de sol de sus cabellos,
la niña, envuelta entre ellos,
se enfrió, se durmió, se quedó muerta.

VI

Ana mira entretanto
al lado del camino, el lugar santo
en que al ir y al volver hacia su casa,
reza siempre qué pasa,
después de santiguarse con espanto,
y en honor de la muerta pordiosera
besó, con boca de granada hendida,
á la niña dormida,
cuya cara se ríe toda entera.

Y ¡oh ironías del cielo!
por más que la movía y la besaba,
en lugar de la niña que buscaba
se encontró con un témpano de hielo.
¡Ana infeliz! Vueltas en sus mejillas
las rosas encarnadas, amarillas,
llorando por la niña idolatrada
mira si está en la bóveda estrellada
el equilibrio de los orbes roto,
con faz que no la habrá más espantada
el día en que, la tierra desquiciada,
eche al mar al Moncayo un terremoto.

VII

¡No hay remedio! En cumplir con sus deberes
las niñas y las viejas son iguales,
pues siempre es el mayor de los poderes
la fuerza de las leyes naturales.
Cual su madre también, la niña aquella
por dar á otro calor, murió aterida.
¡Altos juicios de Dios! Fiel á su estrella,
al dejarse morir, por dar la vida,
ya el *genio de la especie* hablaba en ella.

EL CONFESOR CONFESADO

PEQUEÑO POEMA EN FORMA DE MONÓLOGO

Al Excmo. Sr. D. José Cotoner
y Allende Salazar, conde de Sal-
lent.

Queridísimo conde: He puesto en
verso, á su instancia, un suceso acce-
dido más de una vez en nuestros
días, y le dedico este juguete litera-
rio como una prueba de lo mucho
que le quiere su consecuente amigo

R. DE CAMPOAMOR.

I

Lugar de la escena: habitación lujosa.—Ventana grande y puerta á la
derecha de la actriz.—Otra puerta á la izquierda.—Balcón en el
fondo.

RAFAELA

(dirigiéndose hacia la ventana como si hablase con su marido)

Como buena cristiana
hoy tengo que ocuparme en cosas graves.
¿Que soy una holgazana?
¡Casiano! Se conoce que no sabes
que me he ido á confesar esta mañana.

II

(Desde el escenario en tono amenazador)

¡Vil! He de echarte de cabeza á un río.

(Mostrando una carta)

En este papelito, esposo mío,
me notició tu indigna travesura
la sobrina del cura,
que confiesa más gentes que su tío.

(Leyendo)

—«Mi tío», dice, «débil y achacoso,
enfermó de repente,
y, en su lugar, me consta que, celoso,
hoy os va á confesar traidoramente
vestido de sotana, vuestro esposo.»—

(Volviendo á dirigirse hacia la ventana)

Has profanado un sacramento, ¡impío!
pero en vano á tu esposa se la cела,